

No todos son iguales: el gobierno de los partidos de la izquierda y la derecha

JAVIER ASTUDILLO

Professor de Ciència Política de la Universitat Pompeu Fabra

1. Introducción

La cuestión de la democracia dentro de los partidos políticos es una cuestión candente desde la publicación del libro de Robert Michels *Los Partidos Políticos*. La visión predominante entre los líderes de opinión y los académicos que practican lo que podemos denominar como “cinismo metodológico” es que se encuentra totalmente ausente dentro de los partidos, tanto de los de izquierdas como de los de derechas (véase, por ejemplo, el artículo “La Traición de la Socialdemocracia”, de Flores d’Arcais, publicado por *El País* 25-10-2009). Éste sería un aspecto más de la visión tan extendida de que ya no hay diferencias de ningún tipo entre los partidos: ni organizativas, ni de propuestas, ni en políticas.

Pero la visión “cínica” sobre los partidos contiene realmente dos afirmaciones: 1) los partidos no se gobiernan de forma democrática, y 2) no hay diferencias en cómo lo hacen. Una cosa no implica la otra.

El problema respecto a la primera cuestión, la existencia de democracia interna, radica en que no es nada fácil evaluar si tal existe o no. En primer lugar, no está claro a qué tipo de democracia se refieren. Que no haya democracia participativa no significa que no la haya representativa. Igualmente, se tiende a confundir la ausencia de democracia con la falta de libertades, y ambas cosas distan de ser lo mismo. La tiranía de la mayoría puede ser muy democrática, pero la minoría verá sus libertades cercenadas.

En segundo lugar, se suele argumentar que en los partidos no hay democracia porque no se dan las instituciones y procedimientos existentes en los estados democráticos. Pero no está nada claro que las instituciones adecuadas para que una organización voluntaria se gobierne de forma democrática tengan que ser las mismas que las de las asociaciones no voluntarias, como son los estados (Dahl 1999, Regalia 1988).

La diferencia estriba en que para que la democracia

funcione en un Estado, la minoría ha de actuar según los dictados de la mayoría, y esto ocurrirá en última instancia porque quien gobierne tiene la capacidad de coaccionar a los ciudadanos. Si una mayoría está a favor de subir los impuestos, esta subida ha de ser obligatoria para todos, nos guste o no. En cambio, en una organización voluntaria dicha capacidad es mucho menor, y sus miembros siempre pueden “votar con los pies”. Así, una minoría importante, ya sea cuantitativa o cualitativamente, puede doblegar la voluntad de la mayoría bajo la amenaza de escisión. Michels nos recordaba que ésta es una práctica que utilizan los líderes de los partidos cuando la mayoría decide algo en contra de sus preferencias. “Irse al Aventino” es más fácil en una organización voluntaria que en un Estado.

Sin embargo, aceptemos por un momento que efectivamente ningún partido político se gobierna de forma democrática. ¿Lo hacen entonces todos de igual manera? ¿No hay diferencias entre la izquierda y la derecha? Es esta segunda cuestión en la que nos centraremos en el resto del artículo.

2. ¿Hay diferencias entre los partidos de izquierdas y los de derechas?

El estudio empírico más profundo y extenso sobre la organización de los partidos fue realizado en los años 50 (Janda y King 1985). Aunque no se centró en sus diversas formas de gobierno, sí que encontró significativas diferencias en cómo se organizaban. Se concluyó que los partidos, cuanto más a la derecha se encontraban, tenían menor implantación territorial, menor implicación de los afiliados en la vida del partido, una estructura nacional menos compleja y centralizada, y otorgaban una mayor autonomía al grupo parlamentario. Algunos estudios posteriores, como los de Gibson y Harmel (1998) o los de Enyedi y Linek (2008) han confirmado estas diferencias. Veamos si además podemos rastrear diferencias en cuanto a cómo se gobiernan los partidos¹.

Como es bien sabido, existen cuatro grandes formas de elegir los máximos dirigentes de los partidos: por el grupo

¹ Estudio empírico realizado por el autor sobre las características organizativas de los principales partidos de la derecha y de la izquierda en las democracias parlamentarias y semipresidencialistas occidentales. Una

versión anterior de este estudio fue publicado por la Fundación Alternativas, Documento de Trabajo 166/2010.

parlamentario, por un órgano directivo del partido, por un congreso de representantes de los afiliados, o mediante alguna clase de primarias². De estas cuatro formas se suele defender que la última es la más participativa, y una de las grandes novedades de los últimos años. En España el PSOE las ha practicado irregularmente para elegir a sus candidatos a cargos ejecutivos unipersonales desde 1998. En Italia el *Partito Democratico* lo hace para elegir a su máximo líder. No ocurre así ni en el PP ni en el *Popolo della Libertà*. ¿Son estos partidos una excepción entre sus homólogos conservadores?

Las primarias son una innovación de la izquierda, que posteriormente quizás se “contagie” a los partidos de derechas. Que se haga cuando se está en la oposición no es extraño, pues es sabido que es en estos momentos cuando los partidos innovan. La izquierda tiene menos miedo que la derecha a una competencia abierta entre diversos candidatos

En el cuadro 1 podemos observar que, si bien tanto los partidos de derechas como los de izquierdas han adoptado las primarias (siendo aun así mayor el número en la izquierda), dicho proceso se ha caracterizado por dos rasgos.

En la inmensa mayoría de los países ha sido la izquierda la primera en introducir las (en 12 países de los 15 que las han adoptado), y luego sólo en la mitad de los casos es imitada por el principal partido de la derecha. Suele hacerse, además, cuando el partido se encuentra en la oposición (en 19 de los 23 casos de los que disponemos información). Parece, por tanto, que las primarias son una innovación de la izquierda, y que posteriormente quizás se “contagie” a los partidos de derechas. Que se haga cuando se está en la oposición no es extraño, pues es sabido que es en estos momentos cuando los partidos innovan.

Pero al plantearnos la cuestión de los procesos de democratización dentro de los partidos no podemos olvidar que la democracia sólo es tal cuando se puede escoger entre diversos candidatos (Przeworski *et alt.* 2000). Dejando de

Cuadro 1. Introducción de “elecciones primarias” en los principales partidos de la izquierda y la derecha en las democracias parlamentarias y semipresidencialistas

Año de introducción	País	Principal partido de la izquierda	Orden Status	Principal partido de la derecha	Orden Status
1969	Bélgica	Partido Socialista (Valonia y Flandes)	2° (años 90) No disponible	Partido Social Cristiano (Valonia)	1° Gobierno
1989	Irlanda	Partido Laborista	1° Oposición		2° (1993) Oposición
1992	Israel	Partido Laborista	1° Oposición	Likud	
1993	Alemania	Partido Socialdemócrata*	1° Oposición		
1993	RU	Partido Laborista	1° Oposición	Partido conservador	2° (1998) Oposición
1995	Francia	Partido Socialista	1° Oposición	RPR	2° (1998) Oposición
1997	España	PSOE	1° Oposición		
1998	Portugal	Partido Socialista	1° Gobierno	PSD	2° (2006) Oposición
1998	Canadá	Nuevo Partido Demócrata	2° (2003) Oposición	Partido Conservador	1° Oposición
1999	Japón	Partido Demócrata	2° (2002) Oposición	Partido Liberal Demócrata	1° Gobierno
2000	Italia	Demócratas de Izquierda	1° Gobierno		
2002	Australia	Partido Laborista	1° Oposición		
2002	Holanda	Partido Laborista	1° Oposición	Partido Liberal	2° (2006) Oposición
2004	Grecia	PASOK	1° Oposición	Nueva Democracia	2° (2009) Oposición
2005	Dinamarca	Partido Socialdemócrata	1° Oposición		

Fuente: elaboración del autor a partir de fuentes secundarias y páginas web de los partidos. En negrita el primer partido en introducir las primarias. Las fechas entre paréntesis son el año en que posteriormente las introdujo el principal rival.

*Ya no se practican.

² En algunos casos los militantes sólo eligen a los dirigentes internos, pero dado que éstos suelen ser además los candidatos en las elecciones, están a su vez escogiendo lo segundo. Así ocurre, por ejemplo, en el Reino Unido, Canadá, Grecia o Portugal. En otros casos, sólo se elige al candidato al cargo público. Es (fue) el caso del PSOE. *Strictu sensu* sólo

este segundo proceso debería recibir el nombre de primarias, pero por el razonamiento anterior se extiende el uso del término “primarias” a la elección de dirigentes internos. Por otro lado, en algunos países se restringe la participación a los afiliados del partido, en otros se admite la participación de sus simpatizantes o incluso de todos los ciudadanos.

lado el mecanismo de selección, ¿existe alguna diferencia entre la izquierda y la derecha en este punto?

El cuadro 2 muestra cuáles, de los máximos dirigentes del principal partido de la izquierda y de la derecha existentes en el año 2009, tuvieron un competidor cuando fueron elegidos, independientemente del procedimiento para hacerlo.

Cuadro 2. Existencia o no de un competidor en el proceso de selección de los actuales máximos dirigentes del principal partido de la izquierda y de la derecha

	No había competidor	Proceso de selección competitivo	Total
Partidos de la izquierda (núm. partidos)	40,9% (9)	59,1% (13)	100 (22)
Partidos de la derecha (núm. partidos)	74,1% (20)	25,9% (7)	100 (27)
Total (núm. partidos)	59,2% (29)	40,8% (20)	100 (49)

Fuente: elaboración propia a partir de información proporcionada en prensa online y páginas web de los propios partidos. Diferencias significativas al 5%.

La izquierda se caracteriza no sólo por ser la primera en introducir las primarias sino también por tener menos miedo a una competencia abierta entre diversos candidatos. Se podría pensar que esto es signo de división interna, más que de democracia. Pero los liderazgos de la izquierda no son más frágiles que los de la derecha, al menos si lo medimos en función del tiempo que pertenecen en el poder. Por el contrario, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta hoy en día, nos encontramos que sus líderes duran más que los de derechas (Bynander y ‘T. Hart 2007). Esta conclusión es confirmada por nuestros datos.

Como podemos ver en el cuadro 3, dos resultados destacan. En primer lugar, tanto en la derecha, como en la izquierda, la duración en el cargo ha tendido a recortarse en el tiempo. Parece que los liderazgos se han hecho más inestables. Andrews y Jackman (2008) sostienen que al cobrar la imagen del líder del partido más importancia para ganar las elecciones, los partidos tiendan a sustituirlos más rápidamente si no constituyen tal activo electoral. En segundo lugar, en general, pero sobre todo en el período de 1950 a 1979, los máximos dirigentes del principal partido de la izquierda han durado, de media, más tiempo en su cargo que sus correligionarios de la derecha.

Cuadro 3. Duración media en años de los dirigentes partidistas por ideología y período

	1950-1979	1980-2009	Diferencia
Partidos de la izquierda (núm. partidos)	7,7* (16)	5,3 (20)	-2,4
Partidos de la derecha (núm. partidos)	5,6* (20)	4,3 (26)	-1,3
Total (núm. partidos)	6,4 (36)	4,7 (46)	-1,7

Fuente: elaboración propia a partir de datos ofrecidos por los propios partidos en sus páginas webs. *Diferencias estadísticamente significativas al 5%.

Tanto en la derecha como en la izquierda, la duración en el cargo ha tendido a recortarse en el tiempo. Parece que los liderazgos se han hecho más inestables

¿Cómo puede ser que los líderes de la izquierda sean elegidos con competidores y luego duren más? Quizás la explicación se encuentre en que los líderes de la izquierda son más capaces de controlar los desafíos internos a su liderazgo, pero cuando éste ocurre es un desafío que tiende a ser público y participando en él buena parte de la militancia. Por el contrario, los líderes de la derecha son menos capaces de controlar los desafíos internos, y caen por conjuras elaboradas entre bastidores por sus colegas. El contraste entre la caída de Rudolf Scharping en el congreso de Mannheim de 1995 y la de Margaret Thatcher en 1990 sería un buen ejemplo.

En cualquier caso, la distribución de poder dentro de los partidos no se reduce sólo a cómo se eligen sus máximos dirigentes. Hay que analizar igualmente su relación con el grupo parlamentario, sus órganos territoriales, y el grado de activismo de sus afiliados.

Como ya hemos señalado, el estudio de Gibson y Harmel (1998), fijándose en la situación de 19 partidos a principios de los años 90, señala que la organización extraparlamentaria de los partidos socialistas tendía a tener más controlado a su grupo parlamentario que la de los partidos a su derecha. Además, con datos de Noruega (1979-1993), Suiza (1920-1994), Francia (1946-1973) y Alemania Federal (1949-90) del índice Rice, parece que la cohesión de los grupos parlamentarios de los partidos de derechas es algo menor que la de los de izquierdas (véase Cuadro 4).

Pero éste no es el único rasgo que parece señalar que la izquierda tiende a dar menos “libertad de acción” interna que la derecha. Como se ha comentado, la imagen tradicional es que los partidos de izquierdas tendían a estar algo más centralizados que los de derechas. ¿Sigue siendo así?

Cuadro 4. Grado de cohesión de los grupos parlamentarios (0, nada cohesionado; 100, totalmente cohesionado)

País	Clase de partidos	Índice Rice
Noruega (1979-1993)	Partidos de la izquierda	98
	Partidos de la derecha	97,1
Suiza (1920-1994)	Partidos de la izquierda	93
	Partidos de la derecha	73,4
Francia (1946-1973)	Partidos de la izquierda	99,2
	Partidos de la derecha	83,8
Alemania Federal (1949-90)	Partidos de la izquierda	97,8
	Partidos de la derecha	92,9

Fuente: elaboración propia a partir de los datos de Bowler (2002)

Utilizando los datos que proporciona Kernell (2008), que analiza el grado de descentralización existente en los partidos a la hora de establecer y recoger las cuotas, nos encontramos de nuevo con que el principal partido de la izquierda tiende a estar algo más centralizado que el principal partido de la derecha (ver Cuadro 5).

Cuadro 5. Grado de centralización en el establecimiento y recogida de las cuotas (escala de 1, descentralización, a 5, centralización)

Clasificación ideológica de los partidos	Establecimiento	Recogida
Izquierda (Núm. de partidos)	2,71 (17)	2,44 (18)
Derecha (Núm. de partidos)	2,29 (21)	2,10 (21)
Total	2,47	2,26

Fuente: elaboración propia a partir de los datos proporcionados por Kernell (2008). Las diferencias son estadísticamente significativas al 10%.

La imagen que vamos obteniendo de la diferencia entre la izquierda y la derecha a la hora de gobernarse es que la izquierda ha tendido a ser la primera en adoptar las primarias, que, independientemente de que sus máximos líderes sean elegidos por primarias o congresos, suele haber una competición abierta para el puesto de máximo líder. Pero que los partidos de izquierdas controlan más a sus diputados que los de derechas, y están además, algo más centralizados. ¿Tendrán estas características algo que ver con el carácter de las bases de los partidos?

Lo primero que hay que decir es que actualmente no existen diferencias entre el carácter de partidos de afiliados entre la derecha y la izquierda. Ambos tienen una *ratio* electorado-afiliado muy semejante (Mair y Van Biezen 2001). Pero sí que parece haber diferencias entre el afiliado de izquierdas y el afiliado de derechas.

Utilizando las tres olas de la *World Value Survey* (1981, 1990 y 1995-97) se observa que los primeros se declaran más activos en sus partidos que los segundos. Datos semejantes nos los encontramos en España. La encuesta llevada a cabo por el CIS sobre la Calidad de la Democracia en 2009 mostraba que tanto los simpatizantes como los afiliados al PSOE eran en general más activos en su partido que los simpatizantes y afiliados del PP (bajos de todos modos). Además, a la hora de elegir entre unidad o debate interno, la preferencia por la unidad era mayor entre los simpatizantes del PP que entre los del PSOE (49,9% frente a 35,7%).

3. ¿Se gobiernan de la misma forma todos los partidos?

Nos planteábamos en este trabajo si los principales partidos de la izquierda se gobiernan como los de la derecha. Hemos visto así que la izquierda tiende a introducir antes las primarias que la derecha, y que tiene una mayor propensión a elegir en competición a sus máximos dirigentes. ¿Se puede considerar en consecuencia que los partidos de izquierdas se gobiernan de forma más democrática que los partidos de derechas?

Algunos autores lo han sugerido así, pero a costa de una mayor dificultad en ganar las elecciones (Kernell 2008). La democracia interna se contrapondrá así a la competitividad electoral. Su razonamiento se apoya de alguna manera en la llamada “ley curvilínea de May” por la que los militantes de un partido tienden a estar más “radicalizados” que el electorado de dicho partido, mientras que sus dirigentes vuelven a ser más moderados (May 1973). En consecuencia, si los militantes son los que seleccionan a los candidatos a cargos de responsabilidad política, y priman en su elección la lealtad ideológica sobre otras consideraciones como las posibilidades de los candidatos de ganar las elecciones, saldrán elegidos aquellos que recojan su “radicalismo”. Pero tal radicalismo les alejará del conjunto más centrado de los votantes, y éstos evitarán votarles. En otras palabras, lo que permite a los candidatos salir ganando en las elecciones primarias del partido, les conduce después a la derrota en las elecciones generales. Como dijo un dirigente socialista andaluz, “las primarias son bonitas, pero no buenas”.

No todos los investigadores están de acuerdo con este razonamiento. En primer lugar, la validez de la ley de May no ha sido confirmada empíricamente. En segundo lugar, se han preguntado por qué, en una época en la que se supone que el objetivo de ganar las elecciones a corto plazo se ha convertido en la prioridad de al menos los grandes partidos, sus dirigentes iban a adoptar un proceso de selección de candidatos que les perjudicaría

electoralmente. Mair (1998) resuelve esta aparente paradoja afirmando que la “democracia directa” no es sino un instrumento para aumentar el poder de los máximos dirigentes. Considera que la sugerencia de May de que los militantes dentro del partido sean más radicales ideológicamente que los votantes del partido es cierta para los más activos, pero no para el conjunto, más pasivo, de los afiliados. Así, con un sistema de elección directa, los máximos dirigentes están dando una oportunidad de expresarse a afiliados que normalmente no lo harían, dejando en minoría a los militantes más radicales que viven por y para las agrupaciones locales. El resultado es que con las primarias no necesariamente serán escogidos los candidatos más radicales y menos competitivos. Todo lo contrario. Pero la inicial mayor democracia interna terminaría dando lugar a hiperpresidencialismos dentro de los partidos.

Así pues no está nada claro que el efecto de las primarias constituya forzosamente una mayor democratización interna y no en cambio un reforzamiento de los liderazgos unipersonales. El único elemento, por tanto, que podría señalar que la izquierda es más democrática en el gobierno de sus partidos es la existencia de competición interna entre varios candidatos a ser el máximo líder. Y esta diferencia es contrapesada por un menor grado de autonomía de sus diputados y órganos territoriales. ¿No difieren entonces los partidos en su forma de gobernarse?

Hemos visto que desde un punto de vista de organización interna sí parece que sigan existiendo algunas diferencias entre los partidos de un lado y otro del eje ideológico. Es cierto que las tasas de afiliación de los partidos de izquierdas no son mayores que las de la derecha, pero la militancia de los primeros tiende a ser algo más activa. La militancia de los partidos de derechas tiende en cambio a ser más pasiva. Pero eso no ha entrañado para la derecha una vida interna más tranquila. En general, los partidos de derechas se han venido caracterizando por ser organizaciones con liderazgos unipersonales más frágiles, cuyos líderes duran menos en el cargo que los de izquierdas, y donde la indisciplina de otros miembros prominentes del partido y de sus diputados es mayor, así como menor su grado de centralización interna. Villepin, Fini, Cascos y Hormaechea no son personajes nada excepcionales. Son partidos donde además es menos frecuente la participación directa de sus militantes en los procesos de selección de sus cargos internos y

externos, y sobre todo donde sus máximos dirigentes son elegidos sin competidores.

La impresión obtenida de nuestro análisis sugiere que los máximos dirigentes de la izquierda tienden a ser realmente algo más que un mero *primus inter pares*. Esto no implica la ausencia de potenciales rivales, pero cuando les surge un competidor, éste tiene que plantear su desafío de forma pública, y movilizándolo a gran parte de los cuadros y bases del partido. De ahí la mayor tendencia de los máximos dirigentes de la izquierda a que sean elegidos en procesos con competidores. Pero igualmente este mismo proceso, más costoso, puede facilitar el control de los desafíos por parte del máximo líder. Esto podría explicar por qué tienden a durar más en el cargo que sus homólogos conservadores. Los máximos dirigentes de la derecha, en cambio, parecen ser más ese *primus* entre unos colegas menos dispuestos a perder su autonomía política, y más dados a confabular secreta y rápidamente contra su líder cuando lo estimen oportuno. De ahí que duren menos en el cargo y sean ‘elegidos’ en procesos sin competidores.

Parece claro por tanto que, aunque fuese discutible defender que los partidos políticos se gobiernan de forma totalmente democrática, esto no implicaría que lo hagan además de igual manera. Quizás utilizar el marco teórico

“democracia/no democracia”, es decir, verlo en términos dicotómicos o cómo los dos extremos de un único continuo, nos impide apreciar las importantes diferencias que existen en la forma de gobernar a los partidos políticos. Esto no siempre ha sido así. Los griegos clasificaban a los regímenes políticos de sus ciudades-estado en tres grandes categorías: el gobierno de uno, el gobierno de unos pocos, el gobierno de todos los ciudadanos varones. Más recientemente, uno de los grandes estudiosos sobre la organización interna de los partidos, Panebianco (1990), también ha señalado que hay distintas formas de liderazgos “no-democráticos”. En concreto distinguía entre el liderazgo de un líder carismático, y el de un colectivo de oligarcas.

Así, en los casos de la izquierda parece que nos acercamos más a la visión de Panebianco (1990) de un liderazgo monocrático, es decir: “modo de dominación caracterizado por la influencia predominante de una sola persona sobre las decisiones de un grupo. Toda la organización tiende a identificarse con él. Ciertamente la cooperación de otros altos dirigentes con el autócrata es

Los líderes de la izquierda son más capaces de controlar los desafíos internos a su liderazgo, pero cuando éste ocurre es un desafío que tiende a ser público, participando en él buena parte de la militancia. Por el contrario, los líderes de la derecha son menos capaces de controlar los desafíos internos, y caen por conjuras elaboradas entre bastidores por sus colegas

indispensable: éste necesita su apoyo, pero es claramente superior la dependencia en que aquéllos se encuentran respecto a él, que a la inversa” (p. 322).

Por el contrario, en los de la derecha, a una oligarquía donde “[e]l jefe oficial de la organización es tal vez más poderoso que cualquiera que sus colegas, pero éstos últimos, en su conjunto, tienen siempre más influencia que aquél” (p.321), o incluso lo que denomina no muy afortunadamente como poliarquía: “existencia de dos o más grupos organizados, ninguno de los cuales se halla en condiciones por sí solo de imponer un control hegemónico sobre la organización” (p. 322).

Volviendo a los clásicos, Cicerón no consideraba que la democracia fuese la mejor forma de gobernarse un Estado. Algunos politólogos actuales vienen a defender

No está nada claro que el efecto de las primarias constituya forzosamente una mayor democratización interna y no en cambio un reforzamiento de los liderazgos unipersonales

lo mismo para los partidos políticos. Para el político y pensador romano la mejor forma era una constitución mixta, donde se combinasen los diferentes modelos ideales de gobierno. Quizás nos deberíamos plantear qué combinación de las tres formas de gobierno es la más adecuada para gobernar a los partidos. Pero esta reflexión está por hacer. Y ya Tácito nos advertía que es más fácil elogiar una forma mixta de gobierno que crearla. En cualquier caso, aunque a veces elegir entre la forma de gobernarse de los partidos de un lado y otro del espectro ideológico parece que nos lleva a elegir entre el gobierno autocrático de Cesar o el oligárquico del Senado republicano, los partidos de la izquierda y de la derecha no tienden a gobernarse de la misma manera. No todos los partidos son iguales. ■

Referencias

Andrews, Josephine y Jackman, Robert, 2008. “If Winning Isn’t Everything, Why Do They Keep Score? Consequences of Electoral Performance for Party Leaders”, *British Journal of Political Science*, 38: 657-675.

Bowler, Shaun, 2002. “Parties in Legislatures: Two competing explanations”, en Russell J. Dalton y Martin P. Wattenberg, *Parties Without Partisans: Political Change in Advanced Industrial Democracies*, Oxford: Oxford University Press.

Bynander, Frederik y ‘T Hart, Paul, 2007. “The Politics of Party Leader Survival and Succession”, *Australian Journal of Political Science*, 42: 47-72.

Dahl, Robert, 1999. *La Democracia: Una guía para los ciudadanos*. Madrid: Taurus.

Enyedi, Zsolt y Linek, Lukas, 2008. “Searching for the Right Organization: Ideology and Party Structure in East-Central Europe,” *Party Politics*, 14:455-477.

Gibson, Rachel y Harmel, Robert, 1998. “Party Families and Democratic Performance. Extraparliamentary versus parliamentary group power”, in Richard Hofferbert (ed.), *Parties and Democracy: Party structure and party performance in old and new democracies*, Oxford: Blackwell Publishers.

Janda, Kenneth y King, Desmond, 1985. “Formalizing and Testing Duverger’s Theories on Political Parties”, *Comparative Political Studies*, 18: 139-169.

Kernell, Georgia, 2008. *Party Organization in a Comparative Perspective*. Doctoral Thesis.

Mair, Peter, 1998. *Party System Change: Approaches and interpretations*, Oxford: Clarendon Press.

Mair, Peter y Van Biezen, Ingrid, 2001. “Party Membership in twenty European Democracies, 1980-2000”, *Party Politics*, 7: 5-21.

May, John, 1973. “Opinion Structure of Political Parties: The Special Law of Curvilinear Disparity”, *Political Studies*, 21: 135-151.

Panbianco, Angelo, 1990. *Modelos de Partido*. Madrid: Alianza Editorial.

Przeworski, Adam, Alvarez, Michael E., Cheibub, José Antonio, Limongi, Fernando. 2000. *Democracy and Development: Political institutions and well-being in the World, 1950-1990*, Cambridge: Cambridge University Press.

Regalia, Ida, 1988. “Democracy and Unions: Towards a Critical Appraisal”, *Economic and Industrial Democracy*, 9: 345-371.